

Si del siglo XVIII damos un gran salto hasta la literatura contemporánea, encontramos, al llegar a la generación del 98, un cultivador insistente de la autonominación. Claro es que no podía ser otro que el unamunísimo don Miguel de Unamuno. A ningún conocedor de su vida y de su obra, de su peculiar egocentrismo, de su necesidad de llevar su voz y su nombre a todos los ámbitos de España, puede extrañar que Unamuno haga uso frecuente de la autonominación y lleve su eufónico nombre a su poesía. Es en el *Cancionero*—escrito, como es sabido, en los últimos nueve años de su existencia, de 1928 a 1936—donde encontramos mayor número de ejemplos, y en casi todos ellos es el nombre de pila, y no el apellido, el utilizado. Ya en una de las primeras canciones, la 4 (4), cita Unamuno su nombre, Miguel, emparejado con la palabra «Muerte», al observar en la palma de la mano

... la cruz agorera  
de la M—Muerte y Miguel—, el clavo  
rojo de sangre, palpitante estrella.

Sin duda, obsesionaba a Unamuno el que la letra M, inicial de su nombre, fuese también la primera de la palabra «muerte». No sólo dedica a la M una canción, la 613, en que la llama *M bendita*, y recuerda que es también la inicial de Madre y de María, sino que en otra pieza del *Cancionero*—la número 289—vuelve al tema, tras glosar la raíz vasca de su apellido:

Y bajo la M arcangélica  
de Miguel, la de la muerte  
que da vida, vida bélica,  
que en el mundo es la más fuerte.

Esa M arcangélica—Unamuno se sentía como otro peleador arcángel San Miguel—la volvemos a encontrar en esta canción-romance, la 224:

Vuela, mi sino arcangélico  
que la gran M divina  
las estrellas de tus ojos  
enciende en luz peregrina;  
vuela, mi águila de fuego,  
que de la serpiente antigua  
el dragón que acusa y tienta  
quebrantaste fiera envidia;

(4) Cito por la edición argentina de Losada. Buenos Aires, 1953.

*vuela, Miguel, con las alas  
que cantan la letanía  
y vete a poner sumiso  
tu nido en torre davidica.*

Y en otra canción, la 286, pide a su *arcángel personal*, a su *compañero Miguel*, que le haga siempre compañía:

*Hazme siempre compañía,  
mi compañero Miguel;  
de mi vida haz todo un día,  
Sol de nuestros días El.*

En el prólogo al *Cancionero*, escrito en 1928, en su destierro de Hendaya, y publicado por primera vez treinta años más tarde, en 1958, por Manuel García Blanco en su edición de las obras completas de don Miguel (5), habla Unamuno con orgullo de su patrono, el arcángel San Miguel, «que peleó con sus ángeles en el cielo contra el dragón, la serpiente antigua, la que tentó a nuestros primeros padres en el paraíso, y que no es otra que la esfinge misma, llamada Diablo, acusador o Satanás, tentador...» También Unamuno quería pelear por España, pero solo, sin ángeles. Porque él quería ser el alma y héroe de una causa, no un servidor más de ella.

En el mismo prólogo recuerda Unamuno a «los cuatro Migueles de nuestra España»: Miguel de Cervantes, Miguel López de Legazpi —«vasco como Iñigo de Loyola y como yo», escribe—, Miguel Servet y Miguel de Molinos. Y añade significativamente: «Después nuestro glorioso nombre, de Cervantes, de Legazpi, de Servet, de Molinos y mío, se ha degradado en nuestra España (clara alusión al nombre del dictador General Primo de Rivera) (6); pero yo, gracias a Dios, lo enarbolé muy en alto y muy en claro.»

(5) Figura en el tomo XV de la edición de Vergara, dirigida por García Blanco.

(6) Sobre esa degradación del nombre de Miguel por el dictador Primo de Rivera insiste en este durísimo soneto: «De Fuerteventura a París»:

*Mira, hermano Cervantes: no te asombre  
que el nombre que hemos hecho honor y gloria  
de la patria común, el que en la Historia  
nos une ya con lazos de renombre,  
«¿Quién como Dios?» —sea también el nombre  
de ese gran majalulo de la noria—,  
pues llegará el cernido de la escoria  
cuando, al fin, la nación se desescombre.  
Aguarda, colobroño, el primer hito  
de esta senda falaz en que se mete  
ciego, sordo y perlático el maldito  
y al cabo le verás preso de un brete,  
porque eso no es Miguel ni Miguelito;  
es veleta de torre, es miguelete.*

(24-V-1924)

El afán de imponer su personalidad, de singularizarse, llevaba a Unamuno a dramatizar su nombre, a ver en él misterio y destino. Así, en la canción 72:

*¿Qué es el Hombre? Nombre,  
más que Palabra...  
Jacob al ángel: «¡Dime tu nombre!»  
no: «¡dame tu palabra!».  
Misterio de mi nombre: ¡Miguel!  
«¿Quién como Dios?»  
misterio de Dios: ¿El?  
El no, sino Tú.  
Tú son ya dos:  
El y yo.  
Y ésta es toda la luz.*

Un aspecto de la autonominación, que podemos llamar autonominación compasiva, cuando el poeta se nombra, sintiendo lástima de sí mismo, no deja de reflejarse también en la poesía de Unamuno. Así, por ejemplo, en la canción 73 del *Cancionero*:

*Mano, cabeza, corazón, riñones  
y luego pies;  
tu obra, tus ideas, tus pasiones,  
tus andanzas, ¡pobre Miguel!*

Y al comienzo del poema XX de *Rimas de dentro*:

*Pobre Miguel, tus hijos de silencio,  
aquellos en que diste tus entrañas,  
van en silencio y solos...*

Hasta ahora, todos los ejemplos de autonominación que hemos dado citan el nombre de pila de Unamuno. Veamos algún ejemplo de autonominación con el apellido de don Miguel. Así, la canción 540 del *Cancionero*:

*¿Tú o yo?  
Yo contigo, tu conmigo;  
tú y yo.  
Yo y tú hace el amigo;  
no es más que uno;  
te lo asegura Unamuno.*

Un ejemplo de autonominación completa, con nombre y apellido, lo ofrece un soneto, el X, de «De Fuerteventura a París»:

*Voy ya, Señor, a los sesenta, historia  
larga mi vida de tenaz empeño,  
y siento el peso del eterno sueño  
que llega con la carga de la gloria.*

*Cuarenta años son ya que en esta noria  
uncido al yugo de roblizo leño  
para desarrugar, Señor, tu ceño,  
voy regando de España la memoria.*

*Sin su tumba española, triste sino,  
dicen que no hay rincón de tierra alguno;  
que ni un rincón de cielo cristalino  
haya sin una cuna —y yo la cuna—  
de idea de mi lengua y determino  
que ha de hacerlo Miguel de Unamuno.*

Y en su poema «A los amigos trogloditas» dirá el poeta:

*... yo y vosotros seremos no más que uno,  
dentro del cual vivirá, libre de anhelos,  
nuestro común,  
mi Miguel de Unamuno,  
vuestro y mío a la vez.*

Algunos ejemplos más podrían citarse del uso por Unamuno de la autonominación. Pero con los ya expuestos parece suficiente para demostrar que es Unamuno uno de los poetas españoles más afectos a ese rasgo estilístico. En el caso de Cienfuegos encontrábamos la motivación en la excesiva sensibilidad del poeta para un clima de entrañable amistad. En el caso de Unamuno, como ya indicamos antes, la autonominación va unida a la necesidad de llevar su nombre y su voz a todos los ámbitos de España, por el afán egocéntrico de ser protagonista máximo de su patria española, del áspero ruedo ibérico.

#### DÁMASO ALONSO

Veamos ahora los casos de autonominación en un poeta de nuestro tiempo, Dámaso Alonso, e intentemos averiguar si, al igual que hemos visto en Cienfuegos y en Unamuno, es posible encontrar alguna motivación o aspecto específico del fenómeno en la poesía del autor de *Hombre y Dios*. Aunque los casos más frecuentes se dan en la segunda época de la lírica damasiana, es decir, la posterior a la guerra civil —concretamente en los libros *Hijos de la ira*, *Hombre y Dios* y, sobre todo, en el aún inédito *Gozos de la vista*—, el primer ejemplo de autonominación aparece muy pronto en su obra: en el poema-prólogo al primer libro del poeta, *Poemas puros. Poemillas de la ciudad*, publica-